



uad8633

RC6 6107

# El viejo Antonio 1886-1962

• Andrés Sabella



**N**o había necesidad de agregar nada a estas palabras: "El viejo Antonio", para que todos supiesen, rectamente, que se referían al noble Antonio Acevedo Hernández. Se las pronunciaba con ternura, encerrando, en cada sílaba, el respeto y la admiración que despertaba, con sabiduría y dulzura de abuelote campesino, insobornable a las tentaciones de ciudad, con todo el poncho de su alma abierto al mundo. Angolino, como nuestro primer poeta, el bizarro Pedro de Oña, nació el 8 de marzo de 1886, recibiendo de aquellos lares el mismo impulso creador de su lejano contráneo.

Pero, entre ambos corría una distancia considerable en la forma de condicionarlo y conducirlo: Oña escribió, inventando un paisaje, sacándolo de su fantasía, ciego para el que, verdaderamente, lo rodeaba y ciego para los seres que cruzaban su camino. Acevedo Hernández despertó en medio de una verdad y a esta verdad sirvió en su vasta obra de dramaturgo, novelista y periodista. No recurrió a la imaginación, puesto que las cosas de "todos los días" ardían en los suyos, recordándole experiencias, latigazos, hambres y esperanzas; recordándole que en entrañas esencializaba a su pueblo. Esta conciencia, que se encendió en su infancia y aumentó su adolescencia descalza y errante, lo acompañó siempre, como una quemadura, y "el viejo Antonio" la mantuvo joven, hasta el final: "Acevedo Hernández tiene la sinceridad vigorosa del

hombre apasionado", escriben Hugo Montes y Julio Orlandi. Pedro Sienna, en los juicios que Grongarello formula en torno a los escritores chilenos, ("La caverna de los murciélagos", pág. 141), lo define, rotundamente: Acevedo Hernández, "Harapos sangrientos". En "Selva Lírica", (pág. 472), se augura su talento y celebra su coraje. Allí, se lo cataloga poeta ácrata, de los compañeros de Francisco Pezoa y Alejandro Escobar y Carvallo, contándose al principio de su historia bravía, destacando la "marcada índole ácratica" de sus versos, variados, luego, por el lenguaje directo del teatro folclórico, un teatro con olor a tierra sudada y ensangrentada, brioso y hermoso en "Almas perdidas", "La canción rota", "Arbol viejo" y "Chañarcillo", tal vez, su texto mayor, de alcance heroico.

Del analfabeto de Angol brotó el Premio Nacional de Teatro 1954, enriquecido su paso por innumerables crónicas periodísticas en las que una acentuada ternura conmovía al más áspero lector. "El viejo Antonio" creó, en mucho, "la crónica roja" del diariismo chileno; una "crónica roja" de sangre, pero no en gores de sangre. Por homenaje al uruguayo Florencio Sánchez, Acevedo firmó como "Florencio Hernández", sus primeros artículos vibrantes.

Murió en 1962, llevándose la melena encanecida, como una bandera de guerra: bandera de guerra de los pobres de su tierra, personajes de la vida que don Antonio ascendió a héroes, rodeándolos de piedad y de símbolos. Tal fue la hazaña de este escritor estremecido de amor, de prosa estremecedora, que en sus años, disfrutaron los lectores de "Las Últimas Noticias".

www.mohuvi, 9-11-86. P.2.

## El viejo Antonio [artículo] Andrés Sabella.

Libros y documentos

AUTORÍA

Sabella, Andrés, 1912-1989

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

1986

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

El viejo Antonio [artículo] Andrés Sabella. retr.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)